

Cuando las cenizas de nuestros grandes hombres ya reposen en este Panteón, venid a él y guardad silencio para escuchar la voz con que vuestros padres os gritan desde la inmortalidad, ¡excelsior! ¡excelsior! más alto, más allá!”»

Terminó Monseñor Carrasquilla dando un viva al Perú.

ORACION FUNEBRE

DE DON SIMON RODRIGUEZ, PRONUNCIADA EN EL PANTEON
DE LIMA POR MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

*Qui ad justitiam erudiunt multos
fulgebunt quasi stellae in perpetuas
aeternitates.*

(Libro de Daniel).

Excelentísimo señor Presidente del Perú, Ilustrísimo señor Arzobispo de Lima, Excelentísimos e Ilustrísimos señores, hermanos míos:

Por encargo inmerecido y honrosísimo del egregio conductor del Estado, me hallo en esta cátedra sagrada para pronunciar el encomio fúnebre de don Simón Rodríguez, con ocasión de trasladarse sus restos venerandos aquí presentes desde la iglesia de Amotape, donde yacía desconocido y olvidado, hasta esta brillante capital donde le sepultaremos en el panteón de los grandes hombres, circuido con los resplandores de la fama.

Hoy hemos conducido desde las riberas del mar los despojos de un hombre, tributándole los supremos honores señalados por las ordenanzas militares para honrar al jefe del Estado. ¿Quién fue aquel cuyo espíritu inmortal animó este puñado de cenizas? ¿Acaso el

héroe de Chacabuco y de Maipú, o el de Junín o el de Ayacucho? ¿O un estadista insigne, organizador de la república, o un orador elocuentísimo o un encumbrado poeta? Nada de eso: la gloria que festejamos hoy es sólo la de un maestro de escuela.

Y, a mi humilde dictamen, la nota más alta de inteligencia y de cultura dada por el Perú en este centenario deslumbrador es esta glorificación del magisterio.

El maestro! ¡Cuán hondos afectos despiertan estas dos palabras! En las humildes aldeas, recatadas al socaire de los Andes, hay un hombre de nacimiento humilde, privado de bienes de fortuna, despreciado de sus conterráneos, que enseña a un centenar de chicuelos los rudimentos del saber e infunde en sus corazones el santo amor de Dios y de la patria. En su modesta tarea es el modelador de las almas ciudadanas y de él depende el porvenir de la república.

Ascendamos: traspasemos el espacio y el tiempo; vámonos al tercer siglo antes de la era cristiana; desembarquemos en el Pireo; recorramos absortos las calles de Atenas sembradas de pórticos y estatuas; pasemos ante la Acrópolis y el Partenón para entrar a los jardines de Academo. Un grupo de efebos se adelanta por una de las avenidas orlada de olivos y laureles; en medio del grupo marcha un hombre de edad madura y circula por todo el huerto de esta palabra: *o didáscalos!* El maestro! Es Platón el divino, rodeado de sus discípulos de predilección; de los guardadores de sus doctrinas esotéricas. El que ha visto aquel espectáculo no necesita más; ya tendrá con qué compensar las amargas de su vida, ya tendrá qué contar enternecido a sus hijos y a sus nietos.

Algo infinitamente más grande todavía. Estamos en las orillas del lago de Tiberíades; una multitud compacta

de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, se agrupa delante de una navecilla pescadora que acaba de anclar en la ribera y en ella se yergue la divina figura del Hijo de Dios hecho hombre que abre la boca para enseñar la nueva doctrina que ha de renovar el universo. Jesucristo Nuestro Señor, que es rey, que es amo, juez, Hijo de Dios, no quiere ser llamado sino con el nombre de Rabbí. «No queráis ser apellidados maestros, porque no hay sino un maestro sólo, que es Cristo.»

El maestro es el despertador de la inteligencia, el forjador de voluntades, el preparador de las edades futuras. No tiene acaso la fecundidad de la carne y de la sangre; no engendra cuerpos, pero posee la fecundidad del espíritu y engendra patriotas para el tiempo y santos para la eternidad. Es el sembrador que cuida de la tierna planta en los primeros meses, dejando que otros recojan la cosecha e hinchen con ella las espaciales trojes.

Don Simón Rodríguez fue maestro; el maestro único del Libertador Simón Bolívar.

«Como el maestro de Alejandro—dice un joven y ya ilustre historiador colombiano (1)—fue el mentor de Bolívar un filósofo. Enorme la superioridad intelectual de Aristóteles, el estagirita inmortal, sobre Rodríguez, oscuro pedagogo de una colonia española. Iguales, en la olímpica paridad de los genios, el afortunado dominador de los pueblos antiguos y el gran libertador de los jóvenes pueblos americanos, los nombres de los dos preceptores tienen que brillar con la misma intensidad en la historia—si de ellos llegare a perderse todo otro recuerdo—en estas frases de sus discípulos egregios:

Dice Alejandro: «Yo debo la vida a mi padre; pero

(1) Fabio Lozano y Lozano, *El Maestro del Libertador*.

si reino con alguna gloria, exclusivamente a Aristóteles la debo.»

Dice Bolívar: «Yo he seguido el sendero que Rodríguez me señaló. El formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso.»

Vio el insigne maestro la luz primera en Caracas, la ciudad donde germinan los genios como las ceibas y samanes en nuestros bosques; la cuna de Bolívar y de Bello, fundadores de la libertad y de la ciencia; el uno portador de la independencia desde Cartagena hasta Chuquisaca; el otro, de la sabiduría, desde el lago de Maracaibo hasta el estrecho de Magallanes. Dotado Rodríguez por Dios de talento enorme y de férrea voluntad se educó por sí mismo y, como el sol, no guardó la luz y el calor en su seno sino quiso comunicarlos a raudales. El filósofo de Ginebra fue su mentor; su método el de las utopías del *Emilio*. Utopías, digo, pero que encierran un fondo de verdad; porque nada tan racional como el propósito de educar al hombre con la contemplación del universo de que es rey por derecho divino. Solamente que el genial y sombrío innovador se olvidó de que el hombre forma también parte de la naturaleza, y que si el trueno horrendo revienta en fragor, los cantos de Homero y Píndaro se dilatan rebramando sordos por la inflamada esfera; que si el viento se queja en las tardes de invierno entre las ramas desnudas de los árboles, Ovidio sollozó en el destierro del Ponto; que si los tordos y turpiales trinan al amanecer en la enramada, consiguió emularlos el dulcísimo Virgilio, que si los soles brillan en el nocturno firmamento, Newton supo pesarlos, Galileo los contó uno a uno, Copérnico les señaló sus órbitas; y si la tempestad desgarró el firmamento, queda dominada por el americano inmortal que arrebató el rayo al cielo y el cetro a los tiranos.

Bolívar completó a su maestro; estudió la naturaleza, que es obra de Dios, e investigó la prodigiosa labor de los hombres, de Dios también, porque El nos creó a su imagen y semejanza. Y llegó el futuro libertador de América a adquirir una educación tan hondamente clásica que el príncipe de los críticos españoles afirma que la carta de Bolívar a Olmedo sobre el *Canto a Junín* es una gloria tan grande como las victorias de Carabobo y Ayacucho (1). Rodríguez no abandonó jamás a su discípulo hasta que no lo vio en la cumbre del poder y de la gloria. Derrochador insigne de lo propio, aumentó los caudales de Bolívar, sin que él lo supiese, hasta hacerlo millonario; con la perspectiva de la riqueza le salvó la vida en una hora de supremo desaliento, le hizo presenciar en Europa los portentos del arte, las reliquias de la antigüedad, las sangrientas glorias de la revolución, la apoteosis de Bonaparte; y Rodríguez fue el inspirador y el único testigo del juramento sobre el monte Aventino de consagrar la vida a la liberación del continente americano. Y el Libertador aun en el ápice de la dominación jamás dejó de ser el discípulo dócil y cariñoso y agradecido del anciano pedagogo a quien debía el despertar de su genio incomparable.

En tanto que el discípulo realizaba sus hazañas sobrehumanas, el alma inquieta del maestro lo llevaba a viajar por la mayor parte de los países de la tierra. Fiel a su misión iba por dondequiera enseñando y regentó escuela en Londres y despertó a las ideas del mundo occidental a los hijos de los envilecidos siervos de la Rusia. No interrumpió nunca la correspondencia epistolar con su excelso discípulo, hasta que un día llegó el anciano a esta ciudad de Lima donde Bolívar estaba

(1) Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispanoamericanos*.

gozando a plenos pulmones de los frutos de su grandeza y de sus triunfos. Temió el maestro que embriagado por el humo del incienso apenas le recibiera con orgullosa condescendencia; pero se equivocaba «Yo vi, dice un testigo presencial (1), al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial; y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón, que la prosperidad no había logrado corromper.» Lima, que presenció aquel abrazo, merece guardar las cenizas del profesor insigne.

El Libertador que había hecho del alto Perú la república gloriosa que lleva su nombre, quiso darle a su maestro por maestro y lo envió a formar ciudadanos por los mismos métodos con que él había sido formado por Rodríguez.

Muerto Bolívar, disuelta Colombia, el maestro, después de nuevas y dolorosas peripecias vino a terminar su noble existencia en una costa del Perú, a la orilla del mar, como Bolívar; como él, pobre, desengañado y melancólico. El citado historiador colombiano escribía varios años há: «Al dormirse en la tumba, fue la última suya una palabra de dolor y de fe: 'Cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte.'»

El fervoroso discípulo de Rousseau quiso abrazarse de la cruz en el postrimer instante de su vida; recibió con piadosa humildad los sacramentos de la Iglesia, que le administró un sacerdote colombiano, y se durmió tranquilo esperando lo de más allá de la muerte. En la vida futura encontraría cumplida la promesa de los divinos

(1) O'Leary, *Memorias*.

libros: «Los que enseñan a muchos la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.» En la tierra tuvo que esperar por más de medio siglo. Sus manuscritos originales se perdieron y como dice el historiador citado, «sus cenizas abandonadas en la playa peruana, talvez no han sido humedecidas por otras lágrimas que las del mar al estrellarse en la rompiente.»

Pero la hora de la justicia siempre llega y el maestro de Bolívar es el primero que se sepulta en el Panteón para esperar allí a los tenientes de San Martín y de Bolívar, a los soldados de La Mar y de Sucre; a los centauros de Suárez y de Silva; a los fundadores de cinco naciones creadas por él, puesto que él modeló el alma de Bolívar.

DON FELIPE TEJERA

(CAPITULOS DE UN LIBRO)

(Continuación)

En 1906 dio el señor Tejera a la estampa con el título de *Camafeos* veinticuatro sonetos de asuntos diferentes. No todos son originales suyos: uno hay que es versión del italiano, otro del portugués (1); el inti-

(1) El intitulado *Divina* es, salvo los tercetos, en que Tejera modificó el pensamiento original, versión de este otro de Múcio Teixeira:

Tens as curvas das Venus florentinas
E a solemne altivez de uma princeza:
Fallas —e a gente escuta umas surdinas...
Surges —e a gente sente uma surpresa!...

Esmerou-se em extremo a natureza
Quando moldou-te as fôrmas peregrinas;